

perfumada en brazos, yo sentía dos lágrimas rodar por mis barbas y miraba angustiosamente en torno mío, mirando donde guardar aquella preciosa reliquia de amor. Las maletas estaban cerradas. El saco de lona estaba lleno.

Topsius, impaciente, sacaba de las profundidades del pecho su reloj de plata. El lacedemonio gritaba desde la puerta:

—Don Teodorico, es tarde; es muy tarde,

Pero mi bien amada ya sacudía el papel cubierto con las letras que había trazado, largas, impetuosas y francas como su amor:

«A mi Teodorico, mi portuguesito valiente, en recuerdo de lo mucho que gozamos».

—Gracias, riquita. ¿Y cómo llevo yo esto?

Ya Alpendriña, de rodillas, abría desesperadamente el saco. Entonces *Maricocas*, con una inspiración delicada, agarró una hoja de papel pardo; cogió del suelo un cordel encarnado; y sus habilidosas manos de guantero hicieron de la camisita un envoltorio redondo, cómodo y gracioso, que metí bajo el brazo apretándolo con avarienta é inflamada pasión.

Después fué un murmullo arrebatado de sollozos, de besos, de caricias.

—¡Mary, ángel querido!

—¡Teodorico, amor!

—Escribeme á Jerusalem.

—Acuérdate de tu riquita bonita...

Bajé atontado la escalera, seguido del docto Topsius que no tardó en empezar á decir cosas de vieja erudición. ¿Sabía yo por dónde íbamos andando? Por la noble calzada de los Siete Estados, que el primero de los Lágidas construyera para comunicar con la isla de Pharos, loada en los versos de Homero. Ni lo escuchaba siquiera. La dulce *Maricocas*, desde la puerta del hotel, al lado de Alpendriña, linda, bajo su sombrero florido de margaritas,

me despedía agitando su pañuelo amoroso y acariciador.

Apenas embarcado en el *Caimán*, corrí á ocultar en el camarote mi dolor. Topsius todavía me agarró por la manga para mostrarme sitios de la grandeza de los Ptolomeos, el puerto de Eunotos, la ensenada de mármol donde anclaban las galeras de Cleopatra. Huí; en la escalera resbalé y casi rodé sobre una hermana de la Caridad, que subía tímidamente con su rosario en la mano.

Una vez en mi camarote, dejé escapar el llanto que regó el envoltorio de papel pardo. ¡Era todo cuanto me quedaba de aquella pasión de incomparable esplendor pasada en tierra de Egipto!

Dos días y dos noches el *Caimán* se balanceó sobre las olas del mar de Tiro. Envuelto en mi manta, sin soltar el envoltorio de Mary, hice toda la travesía. El doctísimo Topsius fué quien me trajo al camarote la nueva de que estábamos á vista de Palestina. El *Caimán* ancló, y en el silencio sentíase el agua rozando los costados con un murmullo de mansa caricia. Me desenvolví de la manta; y sin soltar el precioso envoltorio de Mary, subí á la toldilla. Una brisa acre y salada me bañó deliciosamente trayéndome el olor de la sierra y de los naranjos y limoneros en flor. Había enmudecido el mar, todo azul en la frescura de la mañana. Y ante mis ojos pecadores extendíase la tierra de Palestina, arenosa y baja, con una ciudad oscura, rodeada de bosques, herida en lo alto por las flechas del sol.

—¡Jaffa!—gritó Topsius sacudiendo su pipa de loza.— Ahí tiene usted, don Raposo, la más antigua ciudad del Asia, la viejísima Jeppo, anterior al diluvio.

Eché mano á mi capacet de corcho y saludé á aquella anciana, legendaria é histórica. Me conservé descubierto porque al anclar en Tierra Santa, el *Caimán* había adquirido de pronto el recogimiento de una capilla llena de piadosas ocupaciones y de unción. Un lazarista, de larga sotana, paseaba con los ojos bajos, leyendo en su breviario.

Subidas dentro de los capuces negros de lustrina, dos religiosas pasaban los dedos pálidos por las cuentas de sus rosarios. A lo largo de la amura húmeda, peregrinos de Abisinia, hirsutos padres griegos de Alejandría, contemplaban extáticos el caserío de Jaffa, aureolado de sol como para la iluminación de un sagrario; y la campana, á popa, tilintaba en la brisa salada, con la dulzura de un toque de misa.

Viendo una barcaza oscura que remaba hacia el *Caimán*, bajé presuroso á mi camarote para ponerme unos guantes negros y pisar decorosamente la tierra de mi Salvador. Al volver, bien cepillado y perfumado, hallé llena la lancha. Descendía, detrás de un franciscano barbudo, cuando el amado envoltorio de Mary se escapó de mis brazos carinosos, y rodando á saltos la escalera, rozó el borde del bote... ¡Iba á sumergirse en las aguas amargas! Di un grito. Una de las religiosas lo alcanzó ligera y llena de misericordia.

—Muchas gracias, hermana, muchas gracias,—grité agradecido.—Es un paquetito de ropa. ¡Dios se lo pague, hermanal

Ella se refugió modestamente en la sombra de su capuz; y como yo tuve que acomodarme más lejos, entre Topsisius y el franciscano barbudo, la santa criatura conservó el envoltorio sobre su puro regazo, echándole por encima las cuentas de su rosario.

Apoyado en mi paraguas contemplaba á la púdica religiosa que así llevaba en su regazo, para la tierra de castidad, la camisita de Mary.

Era joven; bajo el manto triste de lustrina negra, parecía de marfil su rostro oval donde las luengas pestañas ponían una sombra doliente y melancólica. Los labios habían perdido todo su color y todo su calor, para siempre inútiles, destinados solamente á besar los pies del cadáver de un Dios. ¡Pobre y estéril criatura! ¿Acaso adivinó lo que contenía aquel envoltorio de papel pardo? ¿Sintió su-

bir bajo su regazo y esparcirse bajo el obscuro capuz un perfume extraño y embriagador de violetas y de epidermis amorosa? ¿La calentura del lecho revuelto que había sobrevivido en los encajes de la camisa, atravesó por acaso el papel y penetró blandamente hasta sus rodillas? ¡Quién sabe! Durante un momento me pareció que una gota de sangre nueva animaba su faz demacrada, y que bajo el hábito donde brillaba una cruz, su seno palpité perturbado. Hasta me pareció que entre sus pestañas relampagueaba un rayo fugitivo y tímido buscando mis barbas negras y cerradas. Fué sólo un momento; de nuevo, bajo el capuz, recobró el rostro su frialdad de mármol blanco. A su lado, otra religiosa, rechoncha y de anteojos, sonreía contemplando el verde mar, sonreía contemplando al sabio Topsisius, y era la suya una sonrisa clara, que salía de la paz de su corazón y le marcaba un hoyuelo en la barbilla.

Apenas saltamos en la arena de Palestina corrí, con el capacete en la mano, á darle las gracias á la hermana de la Caridad.

—Le estoy muy agradecido. Hubiera tenido un gran disgusto si se llegase á perder este paquetito... Es de mi tía: una encomienda para Jerusalem... Ya le contaré. La tía es muy devota de todas las cosas santas; una señora llena de caridad.

Muda, bajo la sombra de su capuz, la hermana de la Caridad me alargó el envoltorio con la punta de sus dedos débiles y más transparentes que los de Nuestra Señora de la Agonía. Los dos hábitos negros se sumieron entre muros deslumbrantes de cal nueva, en una callejuela angosta donde se pudría el cadáver de un perro bajo el vello de los moscardones.

Cuando me volví, Topsisius, bajo la sombra de su quitasol, conversaba con un hombre que se le ofrecía para guiarnos á través de las tierras de la Escritura. Era joven, moreno, alto, con largos bigotes sueltos al viento; usaba

chaqueta de terciopelo y botas altas de montar. Las culatas plateadas de dos pistolas, saliendo de una faja de lana negra, le armaban heroicamente el pecho: á la cabeza llevaba atado un pañuelo rutilante de seda amarilla. Su nombre era Pablo Potte y su patria el Montenegro. Toda la costa de Siria lo conocía por el alegre Potte. La alegría brillaba en el azul de sus pupilas; la alegría cantaba en sus dientes incomparables; la alegría resonaba en el taconeo de sus botas. Desde Ascalón hasta los bazares de Damasco, desde el Carmelo hasta los pomares de Engaddi, donde quiera se le conocía por el alegre Potte. Me alargó liberalmente su bolsa de tabaco perfumado. Topsius hallábase maravillado de su saber bíblico. Convinimos en que fuese nuestro guía, y cerrado el trato con fuertes apretones de manos, nos dirigimos hacia el hotel de Josafat para celebrarlo bebiendo cerveza.

El alegrísimo Potte organizó aprisa nuestra caravana para la ciudad del Señor. Un macho llevaba los equipajes; el arriero árabe, envuelto en un guñapo azul, era tan bello y arrogante, que irresistiblemente yo buscaba su negra mirada de terciopelo. Por lujo oriental nos seguía como escolta un beduino viejo, con albornoz de lana de camellos listada de encienito y una fuerte lanza mohosa, toda engalanada con cintas y borlones.

Guardé en una alforja el envoltorio mimoso de la camisa de Mary. Una vez todos á caballo, el festivo Potte, haciendo restallar su látigo, lanzó el antiguo grito de las cruzadas y de Ricardo Corazón de León:—«¡Adelante y á Jerusalem, Dios lo quiere!» Y al trote, con los cigarros encendidos entre los dientes, salimos de Jaffa por la puerta del mercado, á la hora en que se tocaba á vísperas en el Hospicio de los Padres Latinos. En el luminoso encanto de la tarde alargábase el camino á través de jardines, huertas, pomares, naranjales, tierra de Promisión resplandeciente y amable. Por entre cercados de mirtos, perdiase el fugitivo cantar de las aguas. El aire, de una dulzura

inefable, como para respirar mejor en él aquel pueblo elegido de Dios, era un derramado perfume de jazmines y de limoneros. El grave y pacífico rechinar de las norias adormecía lentamente, al terminar el día de riego, entre los romeros floridos. Alta y serena en el azul, volaba un águila.

Hicimos alto en una fuente de mármol rojo y negro, abrigada á la sombra de un grupo de sicomoros donde arrullaban las tórtolas. A un lado, erguiase una tienda: ante la puerta, colgaba una cortina de uvas y requesones. El viejo de largas barbas blancas que moraba allí, nos saludó en el nombre santo de Alah, con la nobleza de un patriarca. La cerveza me había producido sed; fué una muchacha bella como la antigua Raquel quien me dió á beber en su cántaro de forma bíblica, sonriendo, con el seno descubierto, y dos argollas de oro batiéndole la faz morena. Un cordero blanco y familiar balaba pegado á su túnica.

Descendía la tarde muda y dorada cuando penetramos en la planicie de Sarón que la Biblia en otro tiempo llenara de rosas. En el silencio, sonaban las esquilas de un rebaño de cabras negras que un árabe iba pastoreando, desnudo como San Juan. Allá, al fondo, los montes siniestros de Judea, tocados por el sol oblicuo que se inclinaba sobre el mar de Tiro, aún parecían preciosos, azules y llenos de dulzura en la distancia, como las hermosas visiones del pecado. Después todo oscureció. Dos estrellas de un resplandor infinito aparecieron y comenzaron á caminar delante de nosotros hacia Jerusalem.

Nuestro cuarto en el Hotel del Mediterráneo, con su techo abovedado y blanco, y su pavimento de ladrillo, parecía una rígida celda en rudo monasterio. Disipaba, sin embargo, esta impresión un tabique delgado, forrado de papel, con ramajes azules que lo separaba de otro cuarto

donde una voz fresca canturreaba la balada del Rey de Thule. Arrimado al tabique aquel, exhalando confort y civilización, brillaba un armario de luna que yo abrí, como se abre un relicario, para encerrar mi envoltorio bendito.

Los dos lechos de hierro desaparecían bajo los pliegues virginales de las colgaduras de Cambray blanco. En el centro de la habitación había una mesa de pino donde Topsisius estudiaba el mapa de Palestina, mientras yo me paseaba en zapatillas limándome las uñas. Era el sábado en que la cristiandad conmemora enternecida los santos mártires de Évora. Nosotros llegamos aquella tarde, bajo una lluvia triste y menuda, á la ciudad del Señor. De tiempo en tiempo Topsisius apartaba los anteojos de los caminos de Galilea, y contemplándome con los brazos cruzados, murmuraba amistosamente:

—Ya está el amigo Raposo en Jerusalem.

Yo, parado ante el espejo, echando una mirada á las barbas crecidas y á mi rostro tostado, murmuraba también con agrado:

—Es verdad: ya está el hermoso Raposo en Jerusalem.

Y me volvía para admirar á través de los cristales embazados á la divina Sión. Ante nuestras ventanas, bajo la lluvia melancólica, alzábanse las blancas paredes de un convento silencioso, echadas las verdes persianas y dos enormes canalones de zinc á cada esquina, uno lloviendo ruidosamente sobre una callejuela desierta, otro cayendo en el suelo blando de una huerta plantada de coles, donde rebuznaba un jumento. De aquel lado se extendían, unos detrás de otros, los tejados incontables y color de lodo, con una cúpula de ladrillo, casi todos decrepitos, desmantelados, misérrimos, y que parecían próximos á deshacerse bajo el agua lenta que caía sobre ellos. Del otro lado se elevaban paredes sórdidas como ateridas en la niebla húmeda: por entre ellas torcía una callejuela donde constantemente se cruzaban frailes de alpargatas, con la cabeza inclinada bajo sus paraguas, sombríos judíos de lacias

melenas ó algún perezoso beduino que arregazaba su albornoz.

—¡Esto es un horror, Topsisius! Bien decía Alpendriña: esto es peor que Braga. ¡Qué ciudad para vivir Nuestro Señor! Ni un paseo, ni un billar, ni un teatro.

—En aquellos tiempos era más divertida,—murmuró mi sabio amigo. Y luego me propuso que el domingo partiésemos para las márgenes del Jordán, donde lo reclamaban sus estudios sobre los Herodes. Allí podría gozar todos los deleites campestres, ya bañándome en las aguas santas, ya tirando á las perdices entre las palmeras de Jericó. Accedi con gusto; y descendimos á comer llamados por una campana funeraria, que tañía en la sombra del corredor. El refectorio era también abovedado, con una estera de esparto sobre el suelo de ladrillo. Estábamos solos el erudito investigador de los Herodes y yo, en aquella mesa tristonada adornada con flores de papel en vasos rajados. Revolviendo los macarrones de una sopa desaborida, murmuré lleno de tedio:

—Amigo Topsisius, esto es inaguantable.

En aquel momento una puerta vidriera se abría en el fondo y sin ruido. Exclamé arrebatado:

—¡Caramba, Topsisius, qué gran mujer!

¡Gran mujer en verdad! Sólida y llena de salud como yo. Blanca, con la albura del lino muy lavado; coronada por una masa ardiente de cabello ondeado y castaño; presa en un vestido de sarga azul que sus senos duros y magníficos hacían estallar: entró derramando un fresco olor á... jabón Windsor y agua de Colonia, y todo el refectorio se iluminó con el resplandor de su carne y de su juventud... El erudito Topsisius la comparó á la fortísima diosa Cibeles.

Cibeles ocupó un puesto á la cabecera de la mesa, serena y soberbia. A su lado, haciendo crujir la silla con el peso de sus amplios miembros, se acomodó un hércules, tranquilo, calvo, de espesas barbas grises, que, en el mero

gesto de desdoblar su servilleta, reveló la omnipotencia del dinero y el hábito de mandar. Por un «yes» que ella murmuró, comprendí que eran de la tierra de Maricocas. También recordé á la inglesa del señor barón.

Ella colocara junto al plato un libro abierto que me pareció ser de versos. El barbazas, masticando con la lentitud majestuosa de un león, ojeaba también su *Guta de Oriente*. De vez en cuando ella alzaba la franja cerrada de sus pestañas: yo esperaba con ansia el don de aquel claro y suave mirar; pero ella lo derramaba por los muros encalados, por las flores de papel, y lo dejaba recaer desinteresado y frío sobre las hojas de su poema.

Después del café, besó la mano vellosa del barbazas; y desapareció por la puerta vidriera llevándose consigo el aroma, la luz y la alegría de Jerusalem. El hércules encendió perezosamente su pipa; dijo al mozo que le mandase á «Ibrahim, el guía»; y se levantó pesado y membrudo. Junto á la puerta derribó el paraguas de Topsisius, del venerable Topsisius, gloria de la Alemania científica, miembro del *Instituto imperial de excavaciones históricas*; y pasó sin alzarlo, ni siquiera inclinar la mirada altiva.

—¡Habrà brutal!—gruñí bramando de furor.

Mi docto amigo, con su cobardía social de alemán disciplinado, levantó el paraguas y le limpió murmurando todo trémulo que tal vez el *barbazas fuese un duque*...

—¡Qué duque! ¡Para mí no hay duques! Yo soy Raposo, de los Raposos de Alemtejo... ¡Lo rajabal

Pero la tarde declinaba y debíamos hacer nuestra visita reverente al sepulcro de nuestro Dios. Subí á mi cuarto: penetraba en el corredor, cuando vi que Cibeles abría una puerta inmediata á la nuestra y salía envuelta en una capa cenicienta con una gorra donde blanqueaban dos plumas de gaviota. El corazón me palpité con el delirio de una gran esperanza. ¡Era ella quien cantaba la balada del Rey de Thule! ¡De manera que nuestros lechos estaban únicamente separados por el frágil tabique cubierto de ra-

majes azules! Ni siquiera busqué los guantes azules: volví á bajar, todo alborozado, seguro de que iba á encontrarla en el sepulcro de Jesús. Ya planeaba abrir un agujero en el tabique para que mi ojo enamorado pudiese saciarse en las bellezas de su desaliño.

Aun llovía lúgubrementemente. Apenas comenzamos á subir la Vía Dolorosa, encerrada entre muros color de lodo, llamé á Potte por debajo de mi paraguas preguntándole si había visto en el hotel á la fuerte y hermosa Cibeles. El alegre Potte ya había tenido el honor de admirarla: por Ibrahim, su compañero predilecto, sabía que el barbazas era un escocés negociante en curtidos...

—¡Ahí tiene usted el duque, Topsisius!... ¡Negociante en curtidos, y gracias! ¡Es un animal!... ¡Yo lo rajabal! En cosas de dignidad soy una fiera. ¡Lo rajaba!

La hija, la de las amplias trenzas, tenía un nombre radiante, de piedra preciosa: se llamaba «Rubí», amaba los caballos, era arrojada: en la alta Galilea, de donde venían, había matado un águila negra...

—Ahora, aquí tienen los señores la casa de Pilatos...

—¡Deja en paz á la casa de Pilatos! ¡Buen cuidado se me da á mí de la casa de Pilatos! ¿Qué más te ha dicho Ibrahim? Desembucha, hombre.

Allí la Vía Dolorosa se estrechaba abovedada como una cruja de catacumba.

Dos mendigos, llenos de llagas, roían cáscaras de melón sentados en el lodo y gruñendo. Aullaba un perro. Y el risueño Potte me contaba que Ibrahim había visto muchas veces á miss Rubí contemplar admirada la belleza de los hombres de Siria: de noche, á la puerta de la tienda, en tanto el padre bebía cerveza, ella decía versos en voz baja, mirando palpitar las estrellas. Yo pensaba: ¡Caramba, tengo mujer!

—Ahora están los señores delante del Santo Sepulcro. Cerré mi paraguas. En el fondo del atrio alzabase la fa-